

POBREZA Y POLÍTICA SOCIAL

• Joaquina Palomar Lever* •

La pobreza expone a las personas a numerosos factores de riesgo que comprometen la calidad de vida y el funcionamiento psicológico y que debilitan el desarrollo socioemocional. De acuerdo con Fan y Eaton,¹ los individuos que han crecido en familias con bajos ingresos pueden mostrar una probabilidad casi dos veces mayor que otros niños de padecer una disfunción emocional en la edad adulta.

El Programa Federal Oportunidades, desde su creación en 1997, ha tenido como objetivo fortalecer el desarrollo de las capacidades individuales y colectivas de la población en condiciones de pobreza extrema, orientadas principalmente a las áreas de salud, educación y nutrición. La evaluación del programa se ha llevado a cabo a través de diversas instancias externas, que han demostrado incrementos importantes en los niveles de salud, nutrición, ingreso y educación en la población a la

* Es maestra y doctora en Psicología por la UNAM; académica de tiempo completo del Departamento de Psicología de la UIA y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel II.

¹ A. P. Fan y W. W. Eaton. "Longitudinal Study Assessing the Joint Effects of Socio-Economic Status and Birth Risks on Adult Emotional and Nervous Conditions", en *British Journal of Psychiatry*, 178, 2001, pp. 78-83.

que está dirigido;² sin embargo, la relación entre su impacto y la dimensión psicosocial de los beneficiarios ha sido poco explorada.

La mayoría de los reportes de evaluación de Oportunidades se ha enfocado a valorar, principalmente, los casos en los que los beneficiarios han podido mejorar sus condiciones de vida; sin embargo, es insuficiente la información disponible que permita conocer si un beneficiario potencial, por sus características psicosociales, podría aprovechar de mejor manera los apoyos que le brinda el programa, o bien cuáles son las áreas de oportunidad específicas para aquellos casos identificados con una menor propensión al cambio (o mejoramiento de sus condiciones de vida), con el fin de buscar estrategias específicas de apoyo que les permitan aprovechar los beneficios.

Existen muy diversas variables de personalidad, familiares, escolares y comunitarias, que pueden constituirse en condiciones idóneas para que los beneficiarios de los programas sociales tengan mejoras significativas en sus condiciones de vida y en su bienestar, lo que repercute en la promoción de estrategias protectoras para las siguientes generaciones.

El presente trabajo reporta algunas propuestas de política social derivadas de una investigación realizada con financiamiento de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), y que tuvo como objetivo identificar qué variables psicosociales, en el contexto particular de nuestro país y del programa de desarrollo humano Oportunidades, pueden explicar mejor la movilidad social y educativa de los pobres extremos.³

² R. de la Torre. *Evaluación externa del impacto del Programa Oportunidades 2004*, México, Instituto Nacional de Seguridad Pública, 2005.

³ Este proyecto fue financiado por el fondo mixto Conacyt-Sedesol núm. 91388 y el Instituto de Investigación para el Desarrollo Sustentable y Equidad Social (IIDSSES) de la UIA, Ciudad de México.

En el estudio se incluyeron variables de cuatro áreas o ámbitos del individuo, relevantes para explicar su funcionamiento psicológico y social. Éstas son: características individuales, familiares, sociales y escolares. En el presente trabajo, sólo se discutirán los hallazgos y las recomendaciones derivadas de los mismos, de algunas de las variables incluidas en el estudio y que mejor explicaron la movilidad social.

1. Diseño y selección de la muestra

Para el diseño de la muestra se tomó el padrón de hogares de beneficiarios activos al corte de mayo de 2009 (5 049 206). De él se excluyeron las localidades indígenas y las que tienen menos de 45 hogares. Se seleccionó una muestra probabilística nacional de dicho padrón. El muestreo fue bietápico: en la primera etapa se eligieron las localidades y en la segunda, los hogares. A partir del diseño muestral, se obtuvo un tamaño de muestra de 850 hogares en el dominio rural y de 1 110 en el urbano; en total, 1 960 hogares.

Una vez localizado el hogar, se entrevistó a la titular del programa y a su cónyuge, si éste estaba disponible. La encuesta se realizó mediante la aplicación de cuestionarios en forma oral, en entrevista cara a cara, tanto a titulares como a cónyuges, por separado. Se encuestaron 2 112 hogares. La muestra final consistió en 2 112 titulares y 960 cónyuges; en total 3 072 personas.

El cuestionario utilizado comprende 850 variables, que corresponden a aspectos psicológicos, de salud, escolares, demográficas, económicas y sociales. Las variables psicológicas son escalas factoriales correspondientes a características individuales, familiares, escolares y sociales.

2. Algunos resultados de la investigación

2.1 Sexo

Primero hay que mencionar que las diferencias encontradas en los promedios obtenidos en las variables referidas a los recursos psicológicos y sociales de acuerdo con el sexo, en casi todos los casos, son desfavorables para las mujeres. Así, los promedios muestran que ellas tienen puntajes más bajos en inteligencia, fortaleza individual, competencia social, estrés, autocontrol, *locus* de control interno, competitividad, calidez y apoyo familiar, percepción del consejo y apoyo emocional de los profesores durante su educación primaria, apoyo de los padres en tareas (durante su educación primaria), apoyo social, familiar y de amigos y, a su vez, obtuvieron puntajes más altos en percepción del conflicto familiar, depresión, ansiedad, religiosidad y desajuste social. Asimismo, se ha documentado, ampliamente, que las mujeres tienen más habilidades sociales para formar redes de apoyo, debido a que la socialización en nuestra cultura promueve la expresión de los afectos.

Estos resultados dan cuenta de que, si bien en las últimas décadas las políticas públicas han incorporado el enfoque de género en sus programas sociales (por ejemplo, programas de apoyo a las instancias de mujeres en las entidades federativas para implementar y ejecutar programas de prevención de la violencia contra ellas), sigue siendo una necesidad imperiosa disminuir la brecha de desigualdades entre hombres y mujeres y empoderar a las mujeres. Las acciones de política social deben incorporar los elementos específicos de cada contexto, los roles y las necesidades de género, la asignación de recursos y la participación de hombres y mujeres en la toma de decisiones en todos los espacios de la vida social. En este sentido, algunos programas, como el de estan-

cias infantiles para madres trabajadoras y el de opciones productivas, favorecen las posibilidades de que las mujeres tengan un trabajo remunerado o bien realicen proyectos productivos, que les permiten tener recursos propios, tomar decisiones y disminuir la desigualdad en los roles dentro y fuera de su hogar.

En el caso de Oportunidades, el programa incluye transferencias monetarias directas a las madres de familia que se enfocan a mejorar su posición en el hogar, procurando un mayor nivel de vida para sus familias. Proporciona mayores transferencias a mujeres en educación secundaria y media superior, promueve su inscripción escolar a edades tempranas en zonas rurales, y aumenta, significativamente, su nivel de escolaridad en las zonas urbanas. Asimismo, el programa incluye acciones sobre salud reproductiva y de educación para la salud que, al estar orientadas únicamente hacia las mujeres, les permiten contar con un tratamiento único. Se debe hacer mención a la inclusión de sesiones educativas de salud también para varones, en especial de contenidos referentes a la equidad de género y salud reproductiva. Sin embargo, consideramos que pueden diseñarse programas especialmente dirigidos a disminuir los estereotipos en los roles de género, que promuevan en las mujeres una comunicación más asertiva, que fomenten una mayor independencia económica y, en términos generales, que les permitan aprender maneras más simétricas o equitativas de relacionarse con los hombres. A su vez, las acciones estarían dirigidas a incorporar, afectiva y socialmente, a las mujeres a la vida productiva y a la toma de decisiones en el ámbito público y privado, así como en laboral y el doméstico; es decir, a verlas y tratarlas como iguales, con los mismos derechos y obligaciones. Estas acciones específicas pueden promoverse desde programas nuevos o bien desde los ya existentes, como el de prevención de la violencia contra las mujeres (PAIMEF).

2.2 Zona de residencia (urbano-rural)

En cuanto a las diferencias en los puntajes obtenidos en las variables, de acuerdo con la zona de residencia de los beneficiarios se pudo observar que, en muchas de ellas, los promedios favorecen a los que viven en zonas urbanas (inteligencia, estrés, *locus* de control interno, impulsividad). Sin embargo, los beneficiarios que viven en zonas rurales reportan relaciones familiares menos conflictivas, con más calidez y apoyo, una mayor autoestima escolar, más apoyo familiar y social, así como mayor confianza en familia, vecinos, jefes y compañeros de trabajo. Por otra parte, muestran también una mayor religiosidad positiva y negativa (esta última se refiere a la angustia y culpa con la que algunos individuos experimentan su religiosidad).

En este sentido, podrían diseñarse acciones de política social (programas sociales) que enfatizaran distintos aspectos en beneficiarios de zonas urbanas y rurales. En las zonas rurales podrían emprenderse acciones destinadas a mejorar los estilos de comunicación y de habilidades de resolución de problemas, así como programas que ayuden a promover el autocontrol y permitan incrementar el *locus* de control interno.

Es claro que una estrategia muy importante de los beneficiarios para resolver sus problemas más apremiantes tiene que ver con los lazos de solidaridad que han establecido en sus lugares de residencia y con su familia. Éste es, probablemente, uno de los mayores recursos disponibles para lidiar con los problemas económicos y emocionales más urgentes que se les presentan. Se recomienda fortalecerlos aún más, así como a las redes de apoyo más amplias.

En las zonas urbanas, los beneficiarios perciben menos apoyo social y familiar. Al parecer, el estilo de vida ha ido mermando el contacto familiar y vecinal cercano, y las redes sociales son menos

densas y prolíficas que en las zonas rurales. En este sentido, es imperativo promover la participación social y el establecimiento de redes de apoyo que les permitan resolver problemas no sólo del hogar, sino de la comunidad en la que viven. Este tipo de acciones puede fortalecerse con programas como el de rescate de lugares públicos, que tiene como objetivo la ejecución de obras físicas para recuperar espacios (que están deteriorados) de encuentro comunitario o interacción social cotidiana y de recreación, promoviendo en ellos el desarrollo de actividades artísticas, culturales y deportivas para prevenir conductas de riesgo y promover la inclusión social.

2.3 Escolaridad y movilidad educativa

En primer lugar, hay que mencionar que los resultados obtenidos muestran que los individuos con mayor escolaridad tienen más recursos psicológicos y sociales. Se advierte que en el grupo de los individuos más escolarizados hay mayores puntajes en inteligencia, fortaleza individual, competencia social, *locus* de control interno, motivación al logro, estilo de resolución racional de problemas, autoestima escolar, satisfacción con la escuela, estilo de aprendizaje abstracto y activo y una percepción mayor de apoyo social. Por su parte, los menos escolarizados tienen una mayor religiosidad, tanto positiva como negativa, estilos de resolución de problemas pasivo, evasivo y de autoinculpación, así como tipos de aprendizaje más concretos; son más impulsivos; tienen significativamente mayores índices de depresión, ansiedad y desajuste social; reportan mayor conflicto familiar, estilos de parentalidad o bien autoritarios o permisivos, y relaciones más negativas con sus profesores cuando asistían a la escuela. Llama la atención que tienen un promedio mayor en identidad social.

Lo anterior significa que la educación formal provee a los individuos de herramientas, habilidades y conocimientos que, además de ser necesarios para obtener mejores empleos, y con ello un mejor ingreso y condiciones de vida, proveen de herramientas que tienen impacto en los ámbitos familiar, individual y social.

En las últimas décadas, las acciones y las estrategias gubernamentales, en el ámbito educativo, han tenido como finalidad incrementar la cobertura y mejorar la calidad de la educación en el país, particularmente en el nivel básico. La recomendación es continuar el esfuerzo sostenido para brindar cada vez más y mejor educación en el país, y hacer más atractivas las becas educativas para que haya un mayor el número de beneficiarios que las recibe.

Por otra parte, los análisis de regresión muestran que la influencia parental y el ambiente familiar son factores decisivos en el nivel de escolaridad alcanzado por los beneficiarios. Por un lado, el nivel de los padres es muy importante debido a que, cuando es más alto, ellos suelen dar un valor elevado a la educación, lo que se traduce en grandes expectativas hacia el nivel escolar que pueden alcanzar sus hijos. Las relaciones familiares y los estilos de paternidad (autoritario, permisivo y democrático) son variables muy importantes que explican, en buena medida, el nivel de escolaridad que pueden alcanzar los beneficiarios.

De acuerdo con los resultados, familias conflictivas obstaculizan, seriamente, los logros académicos de los hijos, y también lo hacen ambientes demasiado permisivos, donde las reglas familiares son difusas o inconsistentes, o bien cuando no es claro quién tiene la autoridad en la familia. Por otra parte, también contribuye, de manera favorable, una figura o modelo dentro o fuera de la familia, que apoye a los beneficiarios durante su vida escolar, no sólo académicamente sino dándole soporte emocional. Las habilidades sociales se constituyen también en un factor muy importante que puede determinar la permanencia o la

deserción escolar. Los niños tímidos o inseguros socialmente tienen más probabilidades de desertar o sufrir fracaso escolar. La relación que el niño logra establecer con su(s) profesor(es) puede favorecer, en gran medida, la permanencia escolar. Esta relación interpersonal puede consolidarse mejor cuando los padres se involucran en las actividades escolares de sus hijos.

En este sentido, el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA) tiene un papel fundamental, en particular con los padres que no tienen escolaridad, ya que es una institución educativa que atiende a personas mayores de 15 años que, por alguna situación, no tuvieron la oportunidad de aprender a leer o a escribir, y prepara a quienes no han concluido su primaria o secundaria. Si los adultos (padres) tienen expectativas educativas para ellos mismos, también las tendrán para sus hijos.

Por último, un factor externo a las características de los beneficiarios y de sus familias, que predice favorablemente la escolaridad, es el tipo de localidad en la que se encuentra la escuela. Los resultados permitieron advertir que cuando las escuelas son rurales, aumentan las probabilidades de verse truncada la trayectoria educativa de los beneficiarios. Es probable que sea la infraestructura de la escuela la que influya en este resultado, aunque también es posible que las características de los docentes y la calidad de la educación impartida sean importantes. Sin embargo, habría que explorar con mayor profundidad qué factores del contexto rural son los que específicamente están teniendo un mayor peso para influir sobre la escolaridad que pueden alcanzar los beneficiarios. En cuanto a la infraestructura de las escuelas, cabe mencionar que programas federales como el de Desarrollo de Zonas Prioritarias apoyan a los municipios y las comunidades con mayor pobreza y marginación, y realizan la construcción o el mejoramiento de sistemas de agua potable, alcantarillado, plantas de tratamiento de aguas residuales,

rellenos sanitarios y energía eléctrica, edificación, equipamiento, rehabilitación de escuelas y centros de salud, así como la construcción o la ampliación de centros comunitarios digitales, entre otros servicios. De ahí que vale la pena fortalecer y seguir apoyando programas como éste.

Otras recomendaciones de política social en este rubro estarían, básicamente, orientadas a la intervención con las familias, en particular a través de programas que se centren en mejorar las relaciones de pareja, en el acuerdo (habilidades de comunicación y de resolución de conflictos), manejo del dinero y de problemáticas más severas en la familia (como drogadicción, alcoholismo o violencia intrafamiliar, abuso físico o sexual, etc.; en los resultados descriptivos se observa una alta incidencia de este tipo de problemáticas en las familias), programas que promuevan estilos de paternidad saludables para el desarrollo de los niños (por ejemplo, establecimiento de límites, desarrollo de hábitos de estudio, cómo involucrarse con la educación de sus hijos en familias intactas, separadas o reconstituidas, cómo manejar problemas de conducta o de aprendizaje), programas tendientes al desarrollo de habilidades sociales en los niños y educación emocional.

Las acciones de política social podrían dirigirse a promover o fomentar, en los padres, el involucramiento en las actividades escolares de sus hijos, y en el establecimiento de una relación más cercana con sus profesores, para que hablen, coordinadamente, sobre los problemas escolares de los niños y de las estrategias que pueden implementar juntos para solucionarlos. En la medida de lo posible, y sobre todo en los primeros años escolares, conviene que los padres apoyen a sus hijos con las tareas.

Por otra parte, es necesaria la promoción de estilos de vida saludables que incluyen información sobre hábitos alimenticios, hacer ejercicio, etc., ya que una nutrición adecuada tiene un impacto decisivo en el

rendimiento académico de los niños. Si bien esta recomendación es generalizable a todas las familias, independientemente de la edad de sus hijos, en particular es importante en familias con niños pequeños, ya que aunque la inteligencia es un atributo con un componente genético muy fuerte, ésta es susceptible de desarrollo a través de la estimulación, y una condición básica para su desarrollo es una alimentación nutritiva y balanceada. Ya existen programas como el de abasto social de leche, destinados a mejorar la nutrición de la población que vive en pobreza patrimonial mediante la distribución de leche fortificada, el programa de abasto rural, que atiende necesidades de suministro de productos básicos para mejorar la alimentación y la nutrición de la población en pobreza de las localidades marginadas del país, y el programa de apoyo alimentario, que tiene como objetivo mejorar la alimentación y, en particular, la nutrición de niños menores de cinco años y mujeres embarazadas o en lactancia que no están registradas en el Programa Oportunidades.

2.4 Ingreso

Los beneficiarios con mejores ingresos tienen promedios más altos en los puntajes de las variables referidas a los recursos psicosociales, probablemente porque quienes tienen más ingreso alcanzaron mayores dosis de escolaridad. En particular, son individuos con mayor inteligencia, fortaleza individual, competencia social, apoyo familiar, autoestima, resistencia al estrés, optimismo, sentido del humor, inteligencia emocional, autocontrol, *locus* de control interno, motivación al logro, estilos de resolución racional de problemas, autoestima escolar; pudieron establecer una mejor relación con sus profesores en la edad escolar; tienen estilos de aprendizaje más activos y reflexivos, y reportan haber tenido una figura importante que les brindó apoyo instrumental y emocional

(mentor). A su vez, quienes tienen menos ingresos son más religiosos (tanto positiva como negativamente); tienden a evadir los problemas en lugar de resolverlos; presentan un estilo de aprendizaje concreto; son más impulsivos y tienen promedios más altos en depresión, estrés, ansiedad y desajuste social. En cuanto a las relaciones familiares, reportan familias más conflictivas y estilos de crianza permisivos. Este grupo considera tener, actualmente, menos apoyo social de la familia y de su entorno en comparación con el grupo de mayores ingresos.

Como ya se mencionó, la experiencia escolar brinda a los beneficiarios oportunidades para desarrollarse no sólo en el ámbito académico sino personal, social y familiar. Al parecer, moldea la personalidad y despliega en los individuos capacidades y competencias que difícilmente adquieren fuera del terreno académico. Cabe destacar que se observa un contraste mayor entre los grupos de ingreso (bajo-alto) que en los de escolaridad (baja-alta), lo que tal vez indique que los beneficiarios que cuentan, o no, con una escolaridad media o alta logran tener un ingreso alto porque poseen características propias de personas resilientes, es decir, individuos que se han desarrollado en condiciones económicas, familiares y sociales difíciles y, a pesar de ello, han podido desarrollar estrategias y capacidades que les permiten no sólo adaptarse a su entorno, sino tener logros personales y económicos.

Hay algunas diferencias en las variables que predicen los niveles de ingreso cuando se observan los resultados realizados separadamente por sexo (mujeres titulares o hombres esposos de las titulares). Es curioso que, en los hombres, la religiosidad puede servir “de motor” o brindarles soporte emocional en momentos de dificultad, lo que les permite buscar alternativas para salir adelante y obtener mayores ingresos. En el caso de las mujeres —en quienes se observan índices muy elevados de religiosidad—, ésta más bien parece que paraliza la iniciativa, bajo la premisa de que tener mejores condiciones de vida es un designio

de Dios o de que “Dios proveerá”. Por otra parte, en los individuos de ambos sexos la inteligencia es un factor muy importante que explica el nivel de ingresos, así como también lo es el nivel de escolaridad, tener menos edad, haber sufrido en los últimos años de pocas o ninguna adversidad (evaluada en la encuesta como situaciones de desastre fuera de su alcance, como por ejemplo, pérdida de la cosecha, muerte de algún familiar, etc.), tener más personas que dependan del ingreso familiar (debido a que posiblemente esos mismos individuos también tienen ingresos para aportar al hogar), y en el caso de los hombres haber tenido una figura de apoyo (mentor) durante su infancia, así como un *locus* de control interno (es decir, consideran que las cosas que les suceden dependen de lo que ellos mismos hacen).

Una contribución importante de este estudio es, sin duda, constatar que el nivel de ingreso y las condiciones de la vivienda también pueden ser predichos por las condiciones emocionales y los recursos psicológicos y sociales de los beneficiarios. Su fortaleza psicológica, que incluye indicadores de inteligencia emocional, afrontamiento de los problemas, autocontrol y resistencia al estrés, tiene un impacto indirecto sobre el ingreso, y los estados emocionales negativos (estrés, ansiedad, depresión y desajuste social) impactan, desfavorablemente, las posibilidades de tener mayor ingreso. Este hallazgo es fundamental en términos de las políticas sociales, debido a que si bien es necesario implementar políticas para incrementar el nivel de escolaridad de los beneficiarios, éstas pueden no ser suficientes para lograr mejoras significativas en las condiciones de vida de los beneficiarios. De ahí que sería importante incorporar a los programas ya existentes, como el de atención a jornaleros agrícolas o el Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías, la promoción de algunas habilidades o recursos personales como los ya mencionados, que les posibilitan desarrollarse personalmente y elevar su ingreso.

Los recursos psicológicos de los beneficiarios les permiten acceder a empleos mejor remunerados y es este grupo, el de los ingresos más altos, el que muestra mayores habilidades, competencias y fortalezas en los cuatro ámbitos evaluados. Es claro que las políticas gubernamentales deben estar orientadas a desarrollar competencias y recursos personales y no sólo técnicos, que favorezcan el incremento de su autoestima, la regulación de las emociones, el desarrollo del autocontrol y un mejor manejo del estrés. También deben orientarse a incrementar y mejorar la comunicación de la pareja y la familiar, así como el desarrollo y el fortalecimiento de las redes sociales.



ITESO

Universidad Jesuita
de Guadalajara

ISBN 978-607-7808-69-5



9 786077 808695